

TRIBUNA | El relativismo moral de una parte de la intelectualidad francesa ignora a las víctimas de cierta violencia política, la revestida de un barniz izquierdista, mientras ampara a sus perpetradores, presentados como «estigmatizados»

Josu Ternera y el espejo francés de ETA

RAÚL LÓPEZ ROMO

DESPUÉS DE PERMANECER 16 años desaparecido, José Antonio Urrutikoetxea, *Josu Ternera*, fue detenido en 2019 en un pequeño pueblo de los Alpes. Tras la reciente celebración de su último juicio en París, ya puede ser extraditado a España, donde aún tiene causas pendientes.

Urrutikoetxea ingresó en ETA con apenas 18 años, en 1968, el mismo año en que la banda cometió sus primeros asesinatos. Medio siglo después, en 2018, fue quien leyó el comunicado con el que la organización terrorista anunciaba que se disolvía. Como resume Florencio Domínguez, estamos ante «una vida en ETA». El periodista y director del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo explica que, en sus primeros años en la banda, Ternera participó en varios atracos antes de dar el salto a la cúpula de ETAm, en 1975. Desde entonces organizó comandos, a los que suministraba armas, impartía formación militar y transmitía órdenes, además de participar directamente en atentados. En 1976 intervino en el asesinato de Víctor Legorburu, alcalde de Galdakao, según él mismo confesó en una entrevista con Jordi Évole. Nunca pagó por ello. Franco había muerto el año anterior y la Transición daba sus primeros pasos. Todos los delitos de terrorismo cometidos antes de junio de 1977 fueron amnistiados.

Sin embargo, ETA decidió continuar. Urrutikoetxea siguió ocupando puestos de responsabilidad dentro de la organización terrorista. Creó infraestructura de apoyo a los etarras refugiados en Latinoamérica y expulsó de la izquierda independentista a militantes críticos, como Txomin Ziluaga, garantizando la ortodoxia doctrinal, que incluía la continuidad de la violencia. Fue sucesivamente el jefe de los aparatos *internacional* y *político* de ETA.

En 1989 fue detenido en Francia. Para entonces habían transcurrido más de 13 años desde la muerte de Franco y España era una democracia consolidada. Desde el arresto de Txomin Iturbe, en septiembre de 1986, hasta el suyo, en enero de 1989, Urrutikoetxea fue el máximo dirigente de ETA. Durante ese periodo, la banda asesinó a 80 personas –guardias civiles, policías, militares, víctimas «colaterales» de coches bomba indiscriminados y personas a las que acusaba de narcotráfico, entre otras– con el objetivo de imponer mediante la violencia unas reivindicaciones que podían haberse defendido por vías pacíficas.

Hace cinco años el conocido sociólogo francés Michel Wieviorka le dedicó un artículo en la revista *L'Express*. Quien se limite a informarse sobre Ternera a

través de ese artículo ignorará todo lo anterior. Al contrario, se llevará la impresión de que Urrutikoetxea se alzó en armas para resistir a la dictadura de Franco (militó en ETA ocho años durante el franquismo y más de tres décadas después); de que fue un líder «respetado» al frente de la estructura internacional de ETA (sin que el autor entre en detalles sobre esa actividad ni sobre las demás que desempeñó); de que esperó en vano en Oslo entre 2011 y 2013 la llegada de emisarios españoles para negociar la paz (como si fueran estos quienes no la quisieran o la estuvieran boicoteado); de que defendió dentro de ETA una salida negociada al «conflicto» (sin mencionar las décadas en las que promovió exactamente lo contrario) y, en definitiva, de que fue una figura comparable a Nelson Mandela porque «ha hecho posible» la paz a costa de «sacrificios» personales.

Cesar la actividad terrorista obligado por las circunstancias y tras décadas de asesinatos ¿te convierte en un hombre de paz? ¿Dónde quedan entonces la inmensa mayoría de los ciudadanos, que jamás empuñaron un arma, o los pacifistas que se manifestaron contra la violencia ya desde los años 80? ETA habría desaparecido sin Josu Ternera, acosada por la presión policial y judicial y privada de apoyo social e internacional. Pero no habría sobrevivido tanto tiempo sin personas como él, que la pilotaron con mano de hierro a lo largo de sus etapas más duras.

Urrutikoetxea contribuyó a poner fin a una espiral de violencia que él mismo había alimentado durante décadas. Ese final llegó tan tarde que no quedaba casi ninguna otra organización terrorista de ámbito doméstico en Europa occidental. Los demócratas no le debemos nada. En cuanto a la supuesta «endeblez» de las causas que Urrutikoetxea tiene pendientes con la Justicia en España, serán los tribunales quienes deban pronunciarse.

Pero autores como Wieviorka no solo parecen haberlo absuelto de antemano en el plano penal, sino también en el moral, al omitir los pasajes más oscuros de su biografía y centrarse únicamente en la etapa final de su trayectoria, en la que, por otra parte, la renuncia a la violencia respondió a criterios instrumentales, sin que mediara arrepentimiento. Si académicos y profesores veteranos caen en este tipo de discursos, ¿qué legado pretendemos dejar a los jóvenes?

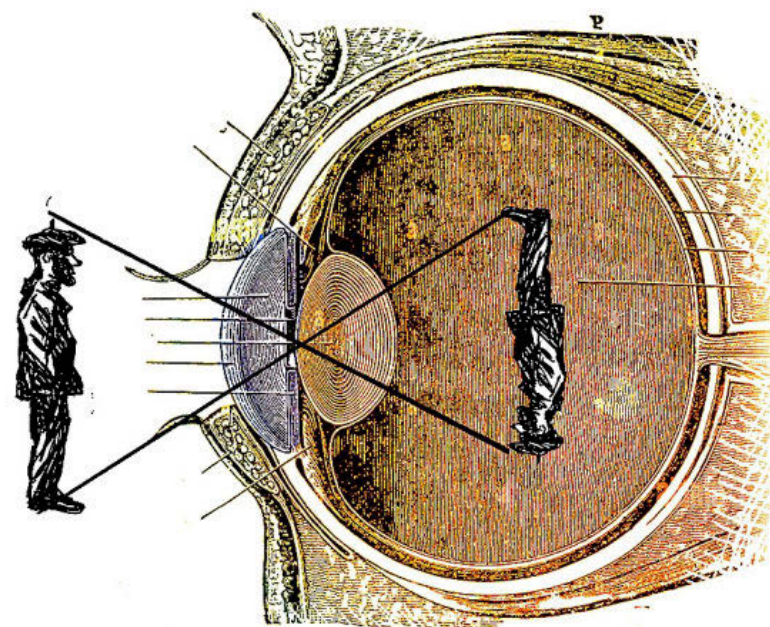
El texto de Wieviorka no es una excepción. Los filósofos Étienne Balibar, Alain Badiou, Jacques Rancière, Jean-Luc Nancy y Toni Negri, junto con el realizador Thomas Lacoste, firmaron en 2019 otro artículo en *Libération* en el que reclamaban la libertad de Urrutikoetxea. Consideraban que su detención era una mala noticia para la «reconciliación» de los pueblos. Decían sentirse «impresionados» por el carácter unilateral del abandono de las armas por parte de ETA y por la «altura moral» del dirigente etarra, al que, una vez más, comparaban con Mandela tras el fin del apartheid en Sudáfrica.

Pasajes como estos remiten a la célebre crítica de Tony Judt al relativismo moral de una parte de la intelectualidad francesa, cuyo máximo exponente fue Jean-Paul Sartre. Un relativismo que ignora a las víctimas de determinada violencia política –la revestida de un barniz izquierdista y pretendidamente liberador– mientras ampara a sus perpetradores, presentados como actores «estigmatizados» por los medios de comunicación.

ETA ha sido uno de los factores que más han condicionado la historia de España desde la década de 1960 hasta nuestros días. Pero sus efectos también se dejaron sentir al otro lado de los Pirineos: desde el llamado «santuario», que acogió a los primeros etarras, hasta la actividad de los GAL, cuyos asesinatos se perpetraron mayoritariamente en territorio francés, o el *comando Argala* –también conocido como *itinerante*–, el más letal de ETA, responsable de 40 asesinatos e integrado exclusivamente por ciudadanos franceses, entre ellos Henri Parot.

Nos preocupa qué mensajes reciben las nuevas generaciones tras medio siglo de atentados, asesinatos, secuestros, amenazas y extorsiones. Y nos inquieta el relato que se difunde en Francia, donde la percepción oscila entre la indiferencia mayoritaria y las simpatías hacia el *abertzalismo* radical de una minoría activa.

HAY, POR SUPUESTO, señales positivas. La colaboración internacional fue una de las claves del final de ETA. *Patria*, la novela de Fernando Aramburu, fue un éxito editorial también en Francia. Víctimas como Véronique Caplanne, que perdió a su padre, Robert, asesinado por los GAL en Biarritz hace 40 años, realizan una encomiable labor de memoria para denunciar todas las formas de terrorismo. Sin embargo, su voz tiene menos eco que la de académicos como los citados. Entidades como Covite tienen razón al denunciar que en el País Vasco francés apenas existe contranarrativa, lo que puede convertirlo en una suerte de «santuario del relato» *filoabertzale*.



INTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA

ULISES CULEBRO

En Francia sigue arraigado el mito de una ETA «buena», de carácter antifranquista. Conviene recordar que ETA asesinó a 853 personas y que el 95% de esos crímenes se cometió después de la muerte de Franco. Si en España existe una tendencia al olvido o a pasar página sin leerla, entre nuestros vecinos del norte esa actitud también está presente, aunque con distinta intensidad, como demuestran los actos de conmemoración del décimo aniversario de los atentados de noviembre de 2015 en París. El yihadismo es responsable del 60% de las víctimas mortales del terrorismo en Francia, pero, tras él, el terrorismo vasco ocupa el segundo lugar. Debería recibir la atención y la deslegitimación que merece.

Raúl López Romo es historiador y responsable de educación y exposiciones del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo. Ha publicado *Le rapport Foronda. Les effets du terrorisme sur la société basque (1968-2010)*